



El corazón del bambú

Solo el amor es más fuerte que el destino

PABLO TOBIÁS

Pablo Tobías

El corazón del bambú

K*i Ken Tai*. Energía, golpe, movimiento. El alma, la espada y el cuerpo se hacen uno y el golpe se produce. El árbitro levanta la mano y me da el punto, pero antes yo ya me he dado la vuelta en *zanshin* y mantengo las distancias con una mujer que, si no fuera por la armadura y porque las armas son de bambú, estaría muerta. Estoy tan concentrada que me zumban los oídos y el clamor del público tarda unos segundos en llegar, cuando ya estoy en *sonkyo*, saludando con respeto a la rival derrotada. Acabo de ganar el campeonato de España de kendo y, además del trofeo, el reconocimiento y la gloria, he ganado también un viaje a Japón. Un viaje de vuelta a sus brazos.

—¡Laura, espabila! ¡La medalla!

Siento como su rostro desaparece de mi mente mientras mis compañeros del *dojo* donde entreno me agarran y me llevan casi en volandas al podio. Allí subo a lo más alto y, aunque sé que estoy sonriendo, moviéndome, incluso hablando, todos mis pensamientos están puestos en él, en mi visión de cómo será coger el teléfono y contarle que por fin, después de tanto

tiempo, no solo podré ir a verlo, sino que, además, lo haré como su igual, como alguien capaz de luchar, de enfrentarme a cualquier adversidad y vencer. Pero, por más tentadoras que sean, no puedo dejarme llevar por estas ideas. Aún quedan días para el viaje y esta es una noche demasiado importante como para perderme vagando ausente por mi imaginación y mis recuerdos. Decido empezar a respirar hondo, concentrarme en el momento y, aunque lo eche en falta más que nunca, lo aparto de mi cabeza. Es suficiente con que esté siempre en mi corazón, en las yemas de mis dedos cuando las junto, en mi garganta cuando respiro.

Más tranquila, ya de vuelta a casa, siento que me alcanza de pronto todo lo que me rodea, como si hasta ahora el tiempo externo hubiera pasado ajeno a mí, inmersa como estaba en un universo interior de combate y recuerdos. Veo resquicios de sol intentando escapar por entre las nubes doradas de invierno, flotando recortadas contra el malva y púrpura del cielo. Veo pasar los coches a mi lado, corriendo veloces y ciegos, abocados al próximo semáforo. Veo pasar gente anónima a mi lado, personas como yo que vienen de algún sitio y van a alguna parte mientras el viento se hace cada vez más recio y amenaza con demorar la primavera. Siento también que, de pronto, me tiemblan las piernas en una mezcla extraña y nueva de alegría, cansancio y miedo, pues aunque llevo aún en la boca el sabor de la victoria sé bien lo que me espera al llegar a la que se supone que es mi casa, donde quizá me esperen mis padres, ajenos a todo lo que pasa en mi interior, a quién soy en realidad, a qué quiero, buscando solo imponerme lo que ellos creen que es mejor para sí mismos.

Doblo la esquina y la luz la dan ya solo las farolas, aunque el viento sopla aún más fuerte si cabe cuando llego ante el portal y este me engulle, dejando tras de mí solo el eco de mis pasos en la noche recién nacida.

En cuanto entro en la casa, dispuesta a estar el tiempo justo para cambiarme de ropa antes de la fiesta que me han preparado mis compañeros e instructores dentro del *dojo*, mi madre se escapa de la cocina a preguntarme qué tal me ha ido. No entiendo cómo no es capaz de verlo en mi cara, en mis ojos, y durante un instante me pregunto si merece la pena contestar, si será capaz de entender nada de lo que le diga, de lo que intente transmitirle, pero de inmediato lo descarto. La necesito de mi lado cuando aparezca mi padre. Por si quiere discutir, como siempre.

—He ganado, mamá. Soy la campeona de España. —Siento como las palabras que salen de mi boca pierden gran parte de su significado cuando llegan a sus oídos.

—Ah, hija, enhorabuena. Ya era hora de que le sacaras provecho a todo el rato que pasas jugando con la espadita.

A sus palabras, en cambio, les pasa lo contrario. En cuanto llegan a mí adquieren una dimensión tal que mi primer deseo es gritar y salir corriendo, pero en cambio lo único que hago es fingir una sonrisa, morderme la lengua e irme a mi cuarto. Apenas he empezado a desnudarme llaman a la puerta. Me visto aprisa. Mi padre, que también está en casa, se ha dignado a salir de su despacho.

—Dice tu madre que has ganado.

—He ganado —le confirmo sin dudar.

—Te felicito.

La pregunta quiere salir de mi boca y apenas consigo aguantarla, pero el silencio y la ansiedad son tan intensos que casi me veo obligada.

—¿Sigue en pie lo que me prometiste?

—¿El qué?

—El... el viaje. A Japón. Dijiste que si alguna vez demostraba que era buena podría ir a entrenarme allí quince días.

—Eso fue hace meses.

—Santi, mi instructor, está en contacto con los maestros de allí y ellos...

—No es momento, hija. Y tampoco es que te vaya la vida en ello.

—Pero soy buena, papá. La mejor.

—Ya puedes con todo lo que nos cuesta que vayas a entrenar y el tiempo que te quita.

—No me lo quita. Lo invierto en ello. Me gusta.

—Te iría mejor si te aplicarás más en la facultad o si te buscaras algún trabajo por las tardes.

—No empieces, por favor. Hoy no.

—Y tú no me hables así.

—Me diste tu palabra de que iría. Me lo debes.

La prisa por salir del atolladero e ir al tema principal me traiciona. Mi padre me mira, serio, y entiendo que he elegido mal las palabras, que tenía que haber sido más paciente, más cuidadosa, más templada. No he aplicado en la vida lo que sé del combate y ahora me toca asumir las consecuencias. Empiezo a intentar dar marcha atrás, incluso a pedir disculpas, invocar a mi madre, pero ya es tarde. No necesita ni levantarme la voz para aplastarme.

Hoy no cogeré el teléfono ni me conectaré a Internet. No me siento capaz de hablar con él. Lo único que necesito es salir y respirar.

La calle me recibe con un frío que se me hace agradable en comparación con el ambiente que se respira en la casa. Una vez más he chocado con el muro impenetrable que es mi padre, ese señor que solo entiende la vida cuando se hace a su manera, que solo acepta las decisiones de los demás cuando siguen las suyas, que piensa que soy de su propiedad y le debo obediencia ciega solo porque vivo bajo el techo que él me proporciona. Como si dar una casa fuera dar un hogar.

Intento buscar en mis recuerdos de infancia un tiempo donde no sintiera esta incomodidad hacia él, esta rabia, donde no pensara tampoco que mi madre es su cómplice, y me cuesta encontrarlo. Siempre tengo su imagen en el despacho, de espaldas a mí, una niña temerosa en el umbral de la puerta esperando a que le dieran permiso para dar el obligado beso de buenas noches antes de que su madre la metiera en la cama. ¿Por qué habrá gente así? ¿Por qué no puede un padre ser feliz solo a través de la felicidad de su hija aun cuando esta no se corresponda con su propio ideal preconcebido? Y mi madre, ¿en qué momento dejó de llevarme a la cama para darme también la espalda escondida entre la cocina y el cuarto de la plancha? Prefiero dejar de pensar. Se supone que hoy es un día feliz, aunque hasta ahora el regusto a hiel lo haya puesto todo perdido. Dejar de pensar. Dejar de pensar...

Entro en el *dojo* y por fin me siento en el hogar que no tengo en la casa de mis padres. A excepción de varias guirnaldas y unas cuantas mesas desmontables donde aguardan la comida y la bebida, todo está igual que siempre: las armaduras descansan ordenadas por los nombres que aparecen en el *taré* justo en la entrada, dando paso tras ellas al *shiai-jo*, donde hoy los tacos impedirán que me deje los pies como cuando me deslizo descalza sobre la tarima los días de entrenamiento. Al verme, y en mi honor, Santiago toca con fuerza el tambor *taiko* traído de Chiryu en su último viaje a Japón, y todos los compañeros, como si yo fuera parte del *kamiza* que se saluda antes y después de cada clase, se giran hacia mí a darme la bienvenida, sus voces mezcladas con la música densa y profunda. Definitivamente este es mi hogar, mi gente, los que he elegido y no me han sido impuestos, los que me entienden y me respetan. Quienes me dan un lugar en todos los sentidos.

Sin dudarlo, me abalanzo sobre la primera copa que me dan para brindar a mi salud. Amables, celebran mi éxito, ignorando que acabo de vivir uno de los mayores fracasos de mi vida. Por unos altavoces también improvisados empieza a sonar música pop japonesa y decido olvidarme de todo y divertirme, pero no puedo. La fiesta es peor ahora que sé que no lo veré. Repito en mi cabeza la discusión con mi padre una y otra vez y se me ocurren mil maneras de haber salido vencedora, pero ya es tarde. La velocidad se demuestra en el momento. A posteriori todos damos con la solución, pero desgraciadamente ya no nos vale. Creemos pero a costa de nosotros mismos.

La noche avanza y con la excusa de que es mi momento digo sí a mi sexta copa mientras todos creen que me embarga

la alegría. Uno de mis compañeros de clase, que a estas alturas me parece de los más guapos, me entra con todo lo que tiene. Es un chico fuerte, alto y con una gran sonrisa que seguro sería capaz tanto de entenderme como de satisfacerme, si es que eso fuera posible en una noche como hoy. Le dejo acercarse, jugar, me distrae mientras intento alejar una pena que no se rinde. Al final, cuando ya cree que me tiene derrotada, saco la parte de mí que más detesto y lo hago alejarse a toda prisa, ignorante de que le ha tocado pagar por tener el género equivocado en la noche equivocada. Hoy solo quiero a un hombre cerca. Solo puedo quererlo a él.

El premio es igual al castigo, una paradoja más de las que pueblan mi vida. Bebo y bebo para mitigar mi dolor, para que mi cerebro vuele más libre y cruce medio mundo para estar con él, y de pronto me acuerdo. Me sacude como un relámpago una noción tan clara que me avergüenzo de no haberme dado cuenta hasta ahora de su significado. Al principio no lo noto pero la emoción del recuerdo me ha hecho llorar. Es normal. Si cierro fuerte los ojos todavía puedo oler el sol de ese día.

Conocí a Isamu al acabar el curso pasado cuando vino de Rikuzentakata a entrenar con su padre. Santiago suele coordinar encuentros especiales con los maestros japoneses para que vengan durante unas semanas y recorran el país dando clases magistrales, pero en esta ocasión Tanizaki *sensei* no salió de Madrid y el grupo más joven del *dojo* fuimos los encargados de

hacer de anfitriones para su hijo tal y como dictan las normas básicas de cortesía, en la que los japoneses son tan especialistas como quisquillosos.

La primera vez que nos vimos me pareció un japonés igual a todos los de su edad que tantas veces había visto en las películas o en el *anime*: delgado, no muy alto, con el pelo revuelto, ojos pequeños y actitud de no querer molestar a nadie. Me dio la sensación, un poco cómica, de que en todo momento estaba igual que un pez fuera del agua. No dejaba de agachar la cabeza cuando lo mirábamos y cada vez que le proponíamos cualquier cosa se limitaba a asentir y a asegurarnos en su inglés chapurreado que todo le venía bien y que, por favor, hiciéramos lo que mejor nos pareciera, ya que él estaría encantado de seguirnos a cualquier parte.

Desgraciadamente, así fue.

Tras pasarnos el día haciendo lo más típico que ofrece Madrid, yendo de Cibeles al bocata de calamares de la plaza Mayor, decidimos que no había nada mejor para finalizar la jornada que enseñarle el parque del Retiro al caer la noche. Era verano y el sol tardaba en ponerse, pero no creímos que fuera a pasar nada, por eso no nos preocupamos cuando vimos acercarse a aquellos hombres ni nos pareció especialmente raro que nos preguntaran la hora, aun cuando uno de ellos llevaba visiblemente un teléfono en la mano. Lo que sucedió entonces pasó muy deprisa.

Los tipos, que nos doblaban la edad, se lanzaron sobre nosotros y, tras darnos varios empujones y rodearnos, sacaron sus navajas y nos exigieron todo lo que llevábamos encima. De pronto, y pese a todo nuestro entrenamiento y nuestra supues-

ta sangre fría, no éramos más que unos chicos asustados que tenían por primera vez ante sí la hoja de un arma que no era de madera. Nos invadió el miedo. Perdimos.

Nos metimos las manos en los bolsillos dispuestos a dar todo lo que llevábamos encima y comprar así nuestra libertad, pero no fue tan fácil. Una vez cogieron el dinero y los móviles, uno de los tipos, el más gordo, me miró y dijo algo sobre pasar un buen rato. Todos sus amigos se rieron y le dieron la razón. Se me heló la sangre. Sentí náuseas, vértigo. Las lágrimas quisieron subir hasta mis ojos pero quedaron atrapadas en el nudo de mi garganta. El gordo dio un paso y quiso tocarme y fue en ese momento cuando todo cambió.

¡No!, oí decir a Isamu, y su voz sonó como un trueno en la distancia. De inmediato me giré a mirarlo pero enseguida entendí que ya no era él. No era el adolescente tímido y silencioso que nos había obedecido toda la tarde y que parecía no enterarse nada. Ya no. La cara se le había afilado por la tensión del momento dándole un aire más grave, más serio, y estaba muy erguido, con la mirada profunda y fija en el vacío, concentrado como un animal ante su presa. Solo su pelo, oscuro y desmadejado, que flotaba ante sus mejillas empujado por la brisa, dejaba claro que se trataba de una persona viva y no de la imagen de un grabado antiguo. Era un hombre, alguien capaz de decidir su destino.

El gordo se detuvo y le clavó la mirada, pero Isamu no agachó la cabeza y, con un golpe que nadie pudo anticipar, le hizo caer de rodillas. Los demás, sorprendidos, tardaron en reaccionar el tiempo justo para que Isamu continuara moviéndose, y cuando intentaron pincharlo entre nuestros gritos, mitad de

ánimo, mitad de pánico, solo encontraron el aire del anoche-
cer de julio. Uno a uno, como torres golpeadas por una ola
enorme e implacable, los demás hombres fueron cayendo has-
ta que en pie solo quedamos nosotros, espectadores inespera-
dos de nuestra propia vida. «Come», nos dijo en inglés tras
recuperar nuestras cosas, y lo seguimos en silencio, salimos del
parque y nos despedimos, y mi vida jamás fue la misma.

A partir de ese día me pegué a Isamu todo el tiempo, como si
con su sola presencia pudiera transmitirme todo el conoci-
miento y la fuerza que atesoraba en su cuerpo menudo y que
se reflejaba en sus ojos negros cada vez que tenía una espada en
las manos. De nuevo había vuelto a no hablar apenas, pero por
cómo asentía todo el tiempo cada vez que me miraba ensegui-
da supe que mi actitud le agradaba enormemente. Los tres
chicos, avergonzados por su cobardía, habían dejado práctica-
mente de ir a clase esa semana, y las dos chicas tenían tanto
miedo de todo que apenas iban de casa al *dojo* y viceversa. Yo,
quien más había sufrido el ataque, me había convertido sin
embargo en la única superviviente del conflicto que no solo no
tenía traumas, sino una necesidad enorme de crecer, de ser
mejor. Y no hay artista marcial al que le disguste tal actitud, y
menos si es japonés.

En clase siempre estaba a su lado, queriendo imitarlo, bus-
cando poder repetir a la perfección cada uno de sus movimien-
tos, de sus golpes, de sus detalles, de su actitud. El kendo, que
hasta ahora había sido una actividad que servía exclusivamente

para desahogarme, para sacar afuera todo lo que me revolvía por dentro, pasó de pronto a convertirse en el centro gravitacional y emocional de mi vida, adquiriendo un significado que hasta ese momento había pasado desapercibido para mí, como cuando reparas por primera vez en un detalle en el que nunca te habías fijado de un objeto cotidiano y desde ese instante se convierte en lo primero que ves cada vez que miras en su dirección, preguntándote cómo algo tan evidente se te había podido escapar durante tanto tiempo.

Por su parte, Isamu se preocupó también por corresponder a mis atenciones y enseguida quiso aprender lo único que yo podía enseñarle: español. No sé si lo hizo más por educación que por verdadero interés, ya que los japoneses son especialmente torpes aprendiendo lenguas, pero lo cierto es que no se le dio del todo mal, supongo que porque los sonidos en ambos idiomas son exactamente iguales.

«Raura», repetía una y otra vez, dejando claro que una cosa es tener la misma fonética y otra bien distinta saber utilizarla.

«Laura», insistía yo, no entendiendo cómo, mientras los chinos no podían decir la erre, los japoneses eran incapaces de pronunciar la ele.

Isamu, que tampoco lo entendía y se sentía algo avergonzado al respecto, prefirió no profundizar demasiado y dar el tema por zanjado, sobre todo cuando se quedó tranquilo al entender que a mí no solo no me molestaba que no dijera bien mi nombre, sino que hasta me hacía gracia. De hecho, lo único que yo quería es que, bien o mal, me lo dijera todo el tiempo al oído, con su voz ligera y a la vez profunda.

No sabía bien por qué, pero de pronto todo lo que yo que-

ría era estar con él, todo el tiempo. Me esforzaba en ser perfecta por y para él, que mi actitud fuera intachable tanto dentro como fuera del *dojo*. Incluso con mis padres estaba mejor imitando el respeto casi extremo que tenía él hacia su padre, el maestro. Me di cuenta de que en el enorme vacío que era mi vida, Isamu había llegado para colmar todos los huecos. Era la pieza que faltaba en mi insatisfacción, en mi miedo, en mi apatía. Era lo que siempre había estado esperando, quien me completaba después de tantos años de soledad y tristeza, quien tenía todas las respuestas. Solo deseaba que él sintiera lo mismo por mí.

Una tarde fuimos al Museo del Prado. Habíamos pasado por delante varias veces y, aunque a mí me daba un poco de pereza, me pareció visita obligada y más cuando él ya había preguntado al respecto. Yo hacía años que no entraba, la última vez en una visita con el colegio, y reconozco que, quizá por ir con alguien nuevo o extranjero, o simplemente por ir con Isamu, las obras de arte parecieron cobrar una nueva dimensión. Recuerdo bien cómo me impactó el momento en el que llegamos frente a *Las Meninas*, su gesto, su impresión. No era el cuadro lo que había que mirar sino a él mirándolo. Parecía muy afectado, conmovido incluso.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté un poco preocupada.

—Kendo —contestó señalándome el cuadro no con el índice, sino colocando la palma de la mano hacia arriba, como es la costumbre japonesa.

—¿Kendo? —Yo no entendía nada.

Isamu asintió. Le pregunté a qué se refería exactamente y, aunque no fue capaz de explicármelo bien del todo, el gesto que hizo con las manos me lo dejó bastante claro. Espada, pincel, golpe, cuadro. Un círculo que lo abarca todo. Insistí para que me lo explicara mejor y finalmente entendí que lo que se busca es la perfección a través de la acción. La realización de uno mismo a través de un objeto catalizador que permite expresar lo que se lleva dentro. Kendoca, pintor, escritor, músico: todos compartíamos lo mismo. Asentí, contenta pero turbada. Después de todo lo que creía haber aprendido sobre el kendo esos días en clase, después de entender que era algo más que pegarse de palos con quien estuviera enfrente, seguía estando bien lejos de comprenderlo del todo.

Al salir del museo lo cogí de la mano. Fue un movimiento casi accidental, natural, y, aunque al principio pensé que me iba a rechazar o que algún elemento de la etiqueta nipona le impediría aceptar el gesto, su sonrisa fue tan elocuente que no tuvimos que decirnos nada más.

Recuerdo esas semanas como un continuo paseo al atardecer, interrumpido solo por los intensos momentos de entrenamiento y por las largas noches que no teníamos más remedio que pasar separados. Recuerdo cómo poco a poco fue cambiando la expresión de su cara, de su cuerpo, incluso de su actitud; cómo en su aparente capa de impermeabilidad pareció abrirse un resquicio en el que pude ver, de pronto, no solo al hombre capaz del día de la pelea, sino a un ser bueno, amable, simpático y terriblemente educado, tanto que estoy segura de que si no hubiera sido por la diferencia idiomática habríamos

acabado discutiendo por quién pasaba primero ante cada una de las puertas que atravesábamos. Sonrío sin darme cuenta. El idioma... Es curioso cómo dos personas, no compartiendo apenas ningún vínculo que les permita comunicarse, son capaces de decirse tantas cosas solo con amor y voluntad. Puede costar creerlo, o tal vez sea cierto eso de que los sentimientos nublan los recuerdos, pero tengo memoria de cantidad de conversaciones ente nosotros, llenas de profundidad y significado, en las que apenas cruzamos dos o tres palabras.

Todo iba bien, todo era perfecto, todo estaba cargado de ilusión y de futuro. Hasta que nos descubrió su padre, el maestro.

Quedaba poco para que Isamu regresara a Japón y, aunque para ser sinceros nuestra relación no pasaba de compartir caminatas y entrenamientos sin descanso, éramos felices. Yo no pensaba en nada más que en dar el paso y besarlo por fin, pero el respeto que me despertaba, así como la barrera cultural que nos separaba, eran suficientemente fuertes como para mantener la pasión a raya. Así estábamos hasta un día en el que nos sentíamos especialmente elocuentes y habíamos conseguido, más a fuerza de mímica que de oratoria, contarnos algo sobre nuestras vidas.

Yo le había preguntado por su país. Siempre me había fascinado Japón y sabía bien qué imagen tenía Occidente de las islas, pero algo me decía que visto desde dentro, como todo, la perspectiva era bien distinta, lejos de la idealización romántica que hemos adquirido a través el cine y la literatura.

Japón, *Nippon*, me contó como pudo, es un país que no tiene sentido. Es muy pequeño pero con mucha gente, es muy

avanzado y a la vez muy atrasado, está loco y desquiciado y al mismo tiempo es zen puro. Es difícil de explicar y más difícil aún de comprender.

Y tenía razón. Porque yo, aunque asentía a todo intentando descifrar la verdad tras sus palabras chapurreadas en inglés y en castellano, y por más que me concentrara en extraer de ellas la sabiduría que esperaba encontrar, no fui capaz de dar con ella. Para mí, lo que me contaba tenía muy poco sentido. Es decir, estaba claro que Japón tenía más luces y sombras de las que podía parecernos a los que estábamos fuera, y que para ser una de las principales potencias mundiales algo en su población no debía de estar muy en su sitio, pero era evidente que algo de lo que Isamu quería hacerme entender se me escapaba y dudaba mucho de que no siendo japonesa pudiera entenderlo algún día. Lo único que esperaba es que no le importara y que, aun así, siguiera encontrándome interesante y atractiva y a la altura de alguien como él.

Y de pronto, como si además de todo pudiera leerme también la mente, me dijo con palabras entrecortadas: «No preocupar si no entender. Yo tampoco entender bien». Y con su comentario borró todas mis preocupaciones de un solo golpe.

Y entonces se produjo. No recuerdo si fue un roce o un gesto o cómo entraba la luz por la ventana del *dojo*, pero algo nos hizo entender que ese era el momento. Despacio, con una percepción del tiempo que solo existe en Oriente, nuestros cuerpos se fueron acercando poco a poco, juntándose de abajo arriba, hasta que por fin nuestros labios se rozaron. Sentí una calidez nueva, distinta a cualquier sensación que hubiera experimentado nunca antes al estar tan cerca de un chico. No solo

lo estaba besando con mis labios, sino con todo mi cuerpo, con todo mi ser. De pronto entendí lo que significaba estar unida a alguien.

«Yamero!», oímos rugir a Tanizaki *sensei* tras nosotros, y aunque no hubiera entendido lo que quería decir solo por el tono me hubiese separado. Lo siguiente que recuerdo es a mí intentando dar toda clase de explicaciones, pero la mirada del maestro, severa y llena de significado, elocuente en su rotundidad, me hizo callar de inmediato. Yo esperaba una discusión espantosa, una bronca como las que solía tener con mi padre cuando las cosas no se hacían como él quería o esperaba, pero no ocurrió nada de eso. En lugar de una cadena de gritos, reproches y explicaciones (que por otro lado nunca hubiera podido entender), Tanizaki se limitó a mirar también a su hijo, quien, como si de nuevo fuera el chico tímido que hubiera conocido días atrás, agachó la cabeza en silencio y se fue, avergonzado.

Jamás en mi vida me he sentido más débil que en ese momento en el que el hombre del que me había enamorado se hizo un niño de nuevo ante mis ojos y perdió todo lo que había ganado aquella primera tarde cuando me salvó. Nunca había salido tan triste del *dojo*.

Aunque quería hablar con Isamu, pedirle algún tipo de explicación, dejé de ir a clase de inmediato, más insegura que todos mis compañeros juntos. Dejé de responder el teléfono, de comer, de salir. No quería saber nada de nadie, temerosa de

que toda la gente con la que me relacionaba y a la que quería pudiera traicionarme de un momento a otro, como si de pronto todo lo que hubiera constituido mi realidad se hubiera desmoronado y no pudiera parar de cuestionarme qué era cierto y qué no. Era una sensación de nuevo cercana al vacío, con la diferencia de que ahora provenía de una pérdida, lo cual lo hacía aún más doloroso. Dicen que es mejor amar y perder que no haber amado, pero en este caso tenía la sensación de que en mí se unía lo peor de ambos casos, y esta sensación me atenazaba y me hacía sentir tan impotente como inmóvil.

Así pasaron los días hasta la víspera del fin del curso.

Isamu y su padre se irían al día siguiente y, como es tradición, en el *dojo* se haría un fiesta de despedida o *Sayonara Party*, como se suele llamar. Las dudas sobre si ir o no empezaron a acuciarme esa misma mañana, cuando el miedo a no volver a ver a Isamu empezó a ser más fuerte que cualquier otro sentimiento que pudiera tener hacia él. Sin embargo, mi orgullo me hizo frenar mi impulso y hacerme recapacitar. Su desplan-te me había hecho sentir no solo débil sino también ridícula y no quería premiarlo yendo hacia sus brazos para despedirme como si encima le debiera algo. Además, sabía que su padre estaría todo el tiempo delante de nosotros y tampoco habría ocasión de poder estar tranquilos, así que la balanza se inclinaba cada vez más a que yo me quedara en casa o aprovechara para ir al cine. Pese a todo, según se acercaba la hora de la cena mi ansiedad y mi nudo en el estómago iban creciendo, hasta el punto de que cualquier actividad se me hizo insoportable. Decidí que, por más que me costara dar el paso, siempre sería

mejor que esconderme y pasar el resto de mi vida preguntándome qué hubiera pasado si hubiera ido. Por otra parte, y ya que él había demostrado en el fondo ser un cobarde, quería demostrarle que yo no tenía nada que ocultar ante su padre. No pensaba ser cómplice de un comportamiento que ni entendía ni aprobaba. Y eso por no hablar de que pensaba ponerme guapísima para dejarle bien claro lo que se había perdido por no haber peleado por mí.

Con el corazón bombeándome en el pecho, me acerqué al armario y comencé a vestirme.

Todo el comedor se dio la vuelta para mirarme. Había tardado mucho en decidirme y, en consecuencia, había llegado algo tarde. Además, los rumores sobre mi ausencia habían corrido libres y mi retorno era tan inesperado como interesante para todos aquellos que deseaban ver en qué quedaba la cosa. Eso y que estaba muy, muy guapa. Santiago, que me miró como si mi presencia pudiera desencadenar un incidente diplomático, hizo de tripas corazón y me hizo sentar. Isamu, por su parte, presidiendo la mesa junto con su padre, apenas se fijó en mí, mientras que el maestro me taladró con la mirada desde el primer momento, como si fuera una horrible enfermedad que hubiera estado a punto de contagiar a su hijo. La cena transcurrió con normalidad y, entre anécdotas del curso y de la vida, nadie fue lo suficientemente indiscreto como para preguntar nada sobre mi repentina ausencia. Los postres llegaron y se fueron, igual que las copas de después. Yo había estado espe-

rando toda la noche a que Isamu hiciera algún ademán hacia mí, pero no conseguí nada, ni siquiera una mirada de reojo. Ya al final, a la hora de la despedida, cuando más claro tenía que no volveríamos a vernos y que todo había sido un espejismo, me reencontré de pronto con el hombre y ahí sí me enamoré para siempre. El maestro nos había saludado a todos como es tradicional, viendo como nos inclinábamos levemente ante él, pero cuando le tocó el turno a Isamu, en vez de retirarse tras el saludo como era lo habitual, se acercó a mí con un rápido movimiento y con un español más que decente me susurró: «Gracias por venir. Siento mucho todo. Ven a verme». Y antes de que su padre pudiera hacer nada me cogió entre sus brazos y me dio un beso. Delante de todo el mundo. Delante de nuestro maestro. Delante de su padre. Por algo «Isamu» quiere decir «valentía».

El silencio que se produjo a continuación era tan denso que asfixiaba. Isamu, sabiendo que su padre estaba delante y lo que le esperaba de vuelta en el hotel y a su país, me hizo una reverencia con una sonrisa y se fue sin mediar palabra, haciendo que fuera él quien tuviera que seguirlo. Una vez a solas con mis compañeros, cuando todas las miradas se posaron por fin en mí y todos parecieron asimilar lo que acababa de suceder, el silencio estalló de pronto en miles de preguntas al unísono, cuestiones que en ese momento me parecieron ridículas. Lo único importante era él. Es él. Desde entonces, en cada llamada, en cada correo, la promesa y la necesidad de vernos se ha ido haciendo cada vez más fuerte, más urgente, una dosis de oxígeno para alguien que se está ahogando.

Abro los ojos y estoy de vuelta aquí, en mi fiesta, donde se supone que tengo que estar pasándomelo bien después de que mi padre haya incumplido su promesa de dejarme ir a ver al hombre al que amo.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Santiago, que sabe perfectamente cuándo no tengo la cabeza donde la tengo que tener.

—Nada —miento—, estaba recordando algo.

—¿El combate?

—Uno de ellos.

—¿Uno que ganaste o uno que perdiste?

Sonrío. Lo hago porque de pronto todo está en su sitio, porque no importa nada si soy la campeona de kendo de España o no, si me llevo bien con mis padres o no los soporto, si paso las noches en vela angustiada o si me duermo despierta buscando soñar con lo que ya no tengo. Apenas nada es relevante ahora salvo mi determinación, mi amor, y la noción de que si lo que quiero es verlo, viajar, estar con él, lo único que tengo que hacer es proponérmelo, ser fuerte por encima de cualquier adversidad, cualquier miedo. Solo tengo que seguir el camino que conozco desde hace mucho y que hasta ahora me había negado a emprender. Isamu es lo único que necesito.

Iré a Japón de un modo u otro. Llegaré junto a él sea como sea.